

contemplacion de Dios y á la voluntad de la práctica del bien; que con el jugo de todas las plantas orientales habia hecho un veneno para emponzoñar al espíritu; que negaba hasta la igualdad del género humano, esa eterna base de la moral, y volvía á buscar en el polvo de los siglos pasados la casta para ofrecer ese ideal á la humanidad; esta doctrina, que así se levantaba en el camino del Hombre-Dios y unas veces con halagos, otras veces con amenazas, otras con mágicos hechizos y conjuros, pretendia detenerle en su camino, debia ser desvanecida como un poco de niebla de un nuevo dia, por el espíritu inmortal del Cristianismo.—He dicho.

EPÍLOGO.

LECCION SÉTIMA.

SEÑORES:

Hemos llegado al fin de nuestro trabajo en el presente año. La alteza de los problemas que debíamos tratar, han exigido gran detenimiento. Cuando el hombre está en presencia de ideas que han sido leyes fundamentales de la vida humana, no puede pasar sobre esas grandes ideas de lijero, sino detenerse en su presencia y recoger toda su enseñanza. Y cuando de esas ideas ha provenido una civilizacion entera, grandes imperios, grandes formas políticas y sociales, una moral, un arte, una filosofia, toda una vida como he dicho antes, precisa á detenerse en su fuente para ver si despues se ha viciado, ó se ha apartado de su origen durante su majestuoso curso por el espacio. Y si esta idea es el Cristianismo, la creencia comun de tantos siglos, el alma de la civilizacion,

el dogma en que se unen todas las conciencias, el númen que ha inspirado sus cuadros y sus estatuas á nuestros artistas, sus cánticos á nuestros poetas, su ideal á toda la vida de nuestro espíritu, debemos detenernos delante de esa idea, no solo para conocerla, sino tambien para adorarla, y para convencer á tantos fanáticos como la profanan, que todo cuanto es razon, justicia, libertad, vida, proviene de esa fuente misteriosa, abierta por la misericordia divina al pié de la cuna de la nueva civilizacion, para templar esa sed ardorosa de lo infinito que siente el hombre, viajero perdido en las sendas tortuosas de la tierra, ansioso de encontrar su patria que se esconde entre los misterios del cielo.

Pero es imposible, de todo punto imposible, estudiar el Cristianismo sin estudiar la antigua civilizacion y el estado del mundo en el momento en que el Cristianismo raya en los horizontes de la historia. Dos grandes escuelas se dividian á la sazón el mundo inmenso del pensamiento. Estas dos escuelas eran la aplicacion práctica, positiva, de todos los principios abstractos que habia ideado la filosofía griega. Siempre que una ciencia ó un pensamiento amanecen en la conciencia humana, despues de vagar por la esfera de lo ideal y del espíritu, tocan en la tierra y crecen con nueva lozanía. Y despues de aquella filosofía platónica, que era un verdadero poema del espíritu huma-

no, despues del idealismo eleático, que pulverizaba el mundo material; despues de aquel movimiento metafísico, que habia alcanzado hasta á la gran escuela aristotélica, la más práctica en toda la antigua ciencia; despues de haber agotado toda la vida del pensamiento, nada más natural, nada más lógico que el descenso del espíritu antiguo desde las alturas de la idealidad al terreno de la moral y de la política. Así las escuelas estóica y epicúrea, cuyos caracteres podremos estudiar con más detenimiento cuando nos acerquemos al derecho, su principal obra, lejos de mirar al cielo, miraban á la tierra; lejos de analizar el pensamiento, analizaban la vida; lejos de buscar la ley de los séres, buscaban la ley moral del hombre; lejos de interrogar á los mares, á las montañas, á la creacion por su Dios, se posaban sobre la conciencia para conocer al hombre; lejos de perderse en la naturaleza, perdíanse en el seno de la sociedad.

¿Y qué habia sucedido? Que aquellas escuelas que disputaban en la Academia, en el Pireo, en los jardines, á las orillas del mar, bajo los plátanos, siempre dispuestas á seguir el vuelo del pensamiento en lo infinito, y á despreciar la sociedad como cosa transitoria y fugaz, se habian convertido en grandes bandos políticos, que bajaban á la arena encendida de las pasiones y despleaban sus enseñas, y tenian sus ojos fijos en los acontecimientos, en los hechos, y anhelaban con anhelo

sin fin, posesionarse del poder y dominar el mundo. La escuela estóica era la escuela en que se había refugiado la aristocracia, no por virtud, no por convencimiento, sino por hacerse superior á sus dolores é insensible al continuo martirio que pesaba sobre su frente. Esa insensibilidad de la escuela estóica, que ha sido tan exagerada por la tradición, no existía realmente en los primitivos estóicos que inspiraban amor á la virtud; pero existía en los aristócratas romanos, que soñaban con la antigua República, y que desafiaban las iras de los emperadores, no con ese ímpetu ardoroso del que pelea, sino con esa paciencia del que sufre, resignados á morir el día en que apareciese por las puertas de su vivienda un emisario del César pidiéndoles la vida. Así el estoicismo se había asentado al pié del Imperio, creyendo que con sufrir sus injusticias, con manifestar en sus propias heridas la ira de su tirano, había de llegar el día en que derrocarse á su enemigo en el polvo. La aristocracia creía tener derecho á esperar que sus dolores fueran más sentidos y más llorados que los dolores del pueblo. No se acordaba de aquellos tiempos en que poseía el poder de Roma, de aquellos tiempos en que estaba frente á frente del pueblo y le cerraba el paso para ir á los comicios, las gradas para subir á los altares, la puerta para entrar en el hogar doméstico, la senda para tener propiedad, y hasta el campo de batalla para llegar

á la gloria; no se acordaba de aquellos tiempos en que llevaba atado como un perro al plebeyo al fondo de sus oscuros calabozos, y allí le mataba de hambre, de miseria; no se acordaba, no, de su historia, porque si la hubiera recordado, si hubiera visto dibujarse en su conciencia sus negros crímenes, hubiera comprendido que su dolor presente, sus persecuciones, la lluvia de sangre que caía sobre su propiedad, eran justos castigos de todos los delitos que había cometido contra el pueblo, porque nunca se quebrantan en vano las eternas leyes de la eterna justicia.

Y al mismo tiempo que una parte de la sociedad se maceraba en el estoicismo y se perdía en esa insensibilidad, que era como una muerte anticipada, otra parte de la sociedad evaporaba su vida entre el aroma de las rosas, el espíritu de los licores, el vapor de la sangre del Circo, los suspiros del amor de los sentidos, las fiestas, los placeres, como si todos en este instante supremo de la historia, tuvieran una tendencia fatal y ciega al suicidio. Así como el estoicismo era la protesta contra el Imperio, el epicureísmo era el auxiliar del Imperio. Los corrompidos epicúreos amaban el Imperio porque el Imperio les daba paz, porque el Imperio velaba el sueño de sus placeres, porque el Imperio les retenía en sus lechos de flores, lejos del estruendo y del peligro de la guerra, porque el Imperio les divertía en teatros, jue-

gos de gladiadores, convites públicos, batallas navales, con todo cuanto podia divertir su imaginacion, ansiosa de placeres. Así, en el seno de aquella sociedad, las ideas, las grandes ideas que parecian perderse por vagas, y por etéreas, y por fantásticas en los aires, en el seno de la inteligencia, en el espíritu, se condensaban, se resumian en grandes partidos, en grandes constituciones, y bajaban á la tierra, y se aparecian vestidas de carne y hueso en la superficie de la sociedad. Esto prueba que las ideas filosóficas, las que parecen más abstractas, más lejos de la realidad y de la vida, tienen virtud bastante para acercarse á la tierra y remover la materia; y fundir en un nuevo molde toda la sociedad.

Así en los tiempos que hemos historiado, el mundo se habla cansado del epicureismo de Nerón, y volvia sus ojos á la virtud estóica. Una sombra de remordimiento habia cruzado por la conciencia de aquella Roma sumida en sus crímenes. Y parecia como que aquel remordimiento, taladrándole las sienas, la despertaba á una nueva idea, y la impedía á abrazarse á un nuevo signo de regeneracion y de esperanza. El mundo, tocado en el corazon, se levantó, y la tiranía nenoriana cayó en el polvo. Entonces se vió que despues de medio siglo de Imperio, despues que sobre la idea aristocrática habian caido ocho generaciones de nobles machacadas por las fuerzas

de los Césares, los Antonios, los Augustos, los Tiberios, los Calígulas, los Claudios y los Neronés, aun habia entre tantas ruinas, entre tantas cenizas centellas apagadas de la República. Un viejo achacoso, enfermo, casi paralítico, encorvado sobre el sepulcro, habia ideado restaurar la idea aristocrática, fiel imágen de una idea gastada ya por el continuo progreso de la sociedad. Y este viejo, olvidado de su origen, de que las lanzas pretorianas le habian levantado al poder, quiso disciplinar las costumbres que él mismo habia relajado, cerrar el cauce que él misma habia abierto. Y así como Nerón fué el hijo de la plebe, Galba fué el padre adoptivo de la aristocracia. Cuando la aristocracia vió á uno de los suyos, de sus más queridos hijos adoptado por el nuevo César, se incorporó en su lecho, creyendo que habia pasado la luna de su martirio, y que habia desagraviado con su paciencia la justicia del cielo.

Pero la lógica no se puede nunca romper. Y la lógica se conoce en los hechos como una ley inflexible, inquebrantable, que no puede romper ningún esfuerzo humano. Y en la lógica de los hechos no estaba la antigua aristocracia, que habia imposibilitado la unidad del mundo, tan necesaria á la vida; en la lógica de los hechos estaba la continuacion del Imperio, que hacia girar sobre sus goznes las puertas de la antigua Roma, para que

en su recinto penetraran todas las razas de la tierra. Así es, que los pretorianos, inmediatamente despues que se vieron pospuestos á una aristocracia enfermiza y degradada, requirieron sus armas y se prepararon á soterrar á Galba. El epicureismo volvió á subir al trono de la tierra, volvió á ocupar su alto asiento, volvió á resucitar la imágen perdida de Neron. Mas no se puede entregar ciegamente la sociedad á una tendencia sin ir á dar en sus últimos extremos, porque toda idea, por su propia naturaleza, tiende á lo incondicional y absoluto. Othon, el representante de esta idea, cuando vió que el desenfreno de los mismos principiós por él proclamados iba á poseionarse de Roma, se levantó sobre sí mismo, se transfiguró en el dolor, ese númen del heroismo, miró con indiferencia la vida, con asco el placer, y murió una muerte que hubiera envidiado el más severo de los estóicos. Y estos grandes ejemplos de virtud, de heroismo, estos ejemplos dados por los que tenían más oscurecida la inteligencia, más corrompido el corazon, no eran parte á libertar aquella sociedad del epicureismo, que se bañaba en sangre en el Circo; que aplaudia la inmoralidad en el teatro, que se revolcaba entre la embriaguez y el hartazgo en los festines, que viciaba la pureza de la primitiva matrona romana, que disipaba la vida del mancebo, que corrompia al niño en su cuna, que se suspendia hasta sobre la lira

del poeta y el cincel del escultor; epicureismo que era inevitable, que era fatal, que era el resultado de un gran movimiento metafísico, de una gran relajacion moral, y por consiguiente, que como todas esas ideas estaban muy generalizadas, muy difundidas, se respiraba, come los miasmas de las epidemias, en el mismo aire destinado á conservar la vida. Vitelio representaba el desenfreno del epicureismo.

Pero está exaltacion febril de una idea venia á distraer el Imperio del cumplimiento de su destino y de la conclusion de su maravillosa obra. Los pretorianos, rasgando con sus lanzas la púrpura imperial; los estóicos, empeñados en retroceder á un ideal perdido como un punto lejano á sus espaldas; los epicúreos, sumidos en profunda abyeccion moral, á cada paso viciaban, corrompian la idea providencial encomendada á la accion misteriosa del Imperio. Era necesario que naciese un hombre que acariciase la idea que habia sido como el secreto de la vida de los Césares. Este hombre es Vespasiano. Un doble carácter hemos observado en este emperador. Como europeo tiene una tendencia señaladísima á la política práctica, y vá organizando el principio de igualdad que habia triunfado en los Césares; pero como oriental, como hombre que habia oido por largo tiempo los cánticos de los sacerdotes asiáticos y habia visto las fastuosas ceremonias de su culto, y habia res-

pirado las esperanzas difundidas en los aires, tiene un carácter especialmente gnóstico. Pero lo cierto es, que Vespasiano es plebeyo, y como plebeyo, fiel á su destino y á su idea hasta la muerte. Así, á un mismo tiempo abre las puertas del Senado al plebeyo, las puertas del *Pæmerium* al extranjero. Y esta su política es perseverantemente seguida por su hijo Tito, también semi-latino y semi-oriental como su padre. En este tiempo se recrudecía la oposición de los estóicos al Imperio, y especialmente á la familia Flavia, que pertenecían á Tito y Vespasiano. Y la causa principal de esta oposición de los estóicos á Tito y Vespasiano consistía en que el espíritu oriental con que ambos á dos perfumaban sus ideas era un peligro muy grave para las tendencias positivas y prácticas de la escuela estóica. El estoicismo iba creciendo y trasformándose de pacífica secta filosófica en partido político, guerrero y militante.

Pero en este momento la recrudecencia de las pasiones, su gran tumulto, eleva al trono de la tierra un hombre apasionado y vengativo, un hombre que debía ser el gran azote del senado. Este hombre se llamaba Domiciano. Como el Imperio debía extender una idea de justicia por el mundo, por la sociedad, Domiciano, á pesar de la perversidad de sus instintos, cumplía dos grandes ideas, borraba la diferencia de los caballeros y de los senadores, exaltaba la personalidad abatida y

borrada del esclavo. Y al mismo tiempo, estos días de Domiciano eran los días tristes, los días fatales para el senado. Cuando los senadores creían contar con la benevolencia del César, veían abrirse las puertas del Senado, entrar los emisarios del César, diezmarlos como el carnicero diezma el ganado, arrastrarlos al palacio de su señor, y allí abrirles el vientre y ofrecerlos en sacrificio á la insensata cólera del Imperio; cólera horrible, que iba creciendo á medida que de aquella antigua aristocracia tan grande y tan temida solo quedaban las cenizas que esparcía el soplo de la muerte.

Pero á medida que iban cayendo estos obstáculos levantados contra el torrente del progreso, el estoicismo, la única idea positiva y práctica y justa que flotaba sobre aquel negro mar de pasiones, abríase paso hasta el trono del mundo. Los emperadores habían comprendido que el estoicismo era su enemigo, y quisieron ahogarlo. Pero como si es fácil exterminar á los hombres es difícil exterminar las ideas, de cada una de las cabezas de los estóicos que rodaban por el suelo salía una centella bastante á iluminar las oscuras conciencias. Y al mismo tiempo que el estoicismo propagaba sus ideas por el mundo con sin igual constancia, se persuadía de que era imposible, absolutamente imposible resucitar lo pasado, y que había menester para realizar su idea, el principio capital de su existencia, transigir con

el espíritu de la época y con la idea de su siglo. Desde el momento en que el estoicismo renunció á restaurar el senado y la aristocracia, desde el instante en que se dió á exaltar la nueva idea, el derecho universal, la igualdad del género humano, la justicia, la ley moral, el estoicismo debía triunfar, porque encerraba en sí la idea del progreso. Esta idea, en su primer ensayo, se personifica en Nerva. Hé aquí cómo la conciencia humana se acercaba por sí sola á recibir el bautismo del cielo con la idea inmortal del Cristianismo.

Y así como la conciencia por el estoicismo se iba acercando á la moral cristiana, el mundo por el trabajo de Roma se iba acercando á la unidad espiritual del Cristianismo. Dos grandes razas se habian dividido el mundo antiguo: la raza semítica y la raza indo-europea. La raza indo-europea es la raza de los artistas y de los filósofos, la madre del paganismo. La raza semítica es la raza de los sacerdotes, de los teólogos y de los guerreros, la raza guardadora del monoteísmo. La oposicion de estas dos razas ensangrienta toda la historia antigua desde la primera hasta la última de sus páginas. Babilonia y Persia, Tiro y Grecia, Cartago y Roma, representan la lucha, la oposicion sangrienta de todas las razas entre sí. Y esta oposicion no se fundaba en una pasion, en un odio instintivo, se fundaba en grandes y poderosas ideas. La raza semítica representaba la idea

divina, la idea teológica; y la raza indo-europea representaba la idea humana, la idea filosófica. ¿Qué genio superior habia tocado en el corazón de estas razas, que las obligaba á caminar hácia la fusion y la unidad de todas? El carácter aristocrático y el carácter democrático se unian en la política general; la raza semítica y la raza indo-europea en el recinto de Roma; el pensamiento griego y el pensamiento oriental en Alejandria, la idea divina guardada por Jerusalem y la idea humana difundida por Atenas en el cielo del Cristianismo.

Y así todas las razas iban sufriendo esta misma transformacion, iban acercándose al ideal humanitario, á la sublime idea de la unidad. Al Occidente se hallaban batalladores íberos, que se extendian desde las cumbres del Pirineo hasta las riberas del Mediterráneo; en las Galias, en la Britannia, en los desfiladeros de los Alpes los sacerdotes celtas; las razas germánicas, desde el mar del Norte hasta el Caspio, acampadas en las orillas del Rhin y del Danubio; la raza helena á las puertas del Asia, interrogándole por la clave de sus misterios; y en Italia, trono del mundo, los romanos dictando su pensamiento á los pueblos. Las riberas africanas del Mediterráneo se hallaban pobladas de semitas, que habian recibido en sus venas la infusion de sangre griega. En el Asia los pueblos luchaban con los romanos en re-

tirada, y allí en el fondo del Oriente meditaba el pueblo indio en sus grandes y profundos misterios. Y de esta suerte, ora por la guerra, ora por el pensamiento, ora por la religion, todos estos pueblos se unian, se mezclaban, se confundian, formando el cuerpo robusto de una nueva humanidad que debia recibir el espíritu del Cristianismo, fuente de la nueva vida, númen del progreso.

Hemos estudiado la transformacion de estas razas en el instante de la aparicion del Cristianismo. Los españoles habian resistido en los campos con Indivil y Mandonio; en los desfiladeros con Viriato; en los muros con Numancia; en las montañas con los astures; en el martirio con los vascos; dentro de la misma familia romana con Sertorio; habian resistido, decia, al secreto de la Providencia, que señalaba al mundo como ley de su providencia el dominio de Roma. Los antiguos galos, que habian puesto espanto y terror en el pecho de Roma, ligeros, frugales, dados á librar su suerte al primer empuje de sus armas, amigos de batallas campales, habian caido bajo el yugo de Roma en ocho grandes combates; y con ellos habia caido aquella su religion céltica, llena de supersticiones, cuyo rito era la magia, cuyo sacrificio consistia en derramar sobre el ara la sangre de los hombres. De esta suerte, Roma contribuia á limpiar el mundo antiguo de sus manchas para

prepararlo á recibir en su frente el bautismo de la idea cristiana. Así el dios-naturaleza se enterraba poco á poco en los abismos y caian al pié de su ara todos los sacerdotes.

Y si era esta la suerte de la Iberia y de las Galias, era más triste la suerte de Grecia, la maestra de las naciones. Grecia habia caido en profundo abatimiento. Sus repúblicas habian muerto, sus poetas callaban, sus filósofos huian á la ciudad de Alejandría, sus guerreros estaban enterrados en el polvo de los campos, sus ciudades eran montones de ruinas, sus hermosas regiones como la Ática, la Thesalia, la Arcadia, apenas guardaban recuerdos de sus templos y de sus dioses. Unos sobre otros iban cayendo sus reinos, sus escuelas, sus oráculos, sus templos, sus dioses, porque cumplido su destino y realizada su maravillosa obra, no le quedaba más remedio que seguir la ley de todo el que vive en el mundo. Así la Grecia sacudia su corona de verbena y de laurel, dejaba caer su lira, se hundia en el Mediterráneo, y legaba al mundo en herencia su pensamiento que habia sido el filtro de su gloriosa vida. Las naciones miraban con ojos llorosos la ruina de este pueblo; los grandes pensadores se acercaban con religioso temor á su sepulcro; los poetas buscaban una centella de inspiracion entre sus cenizas, y sobre aquella desolacion se levantaba como una letra funeral inscrita en una lápida la

ciudad de Corinto, última luz de Grecia, semejante á esos fuegos fátuos, resto de la vida, que cruzan por las hendiduras de los sepulcros.

Y este mismo destino alcanzaba á Sicilia. Las guerras cartaginesas habian despoblado la parte que miraba al Africa; las guerras civiles la parte que miraba á la Italia; la guerra servil el centro de la isla. Así, en aquellos campos donde habia encontrado el color de sus preciosos cuadros campestres Teócrito, y el primer suspiro de la musa cristiana Virgilio, sólo se veian ruinas amontonadas, sobre las cuales se deslizaba el lagarto, ó hacia su nido la marina gaviota. Y lo mismo que sucedia á Sicilia, sucedia á Creta. Esta isla, donde el genio de Oriente y el genio de Grecia habian celebrado sus nupcias, dejaba caer en el verde fondo de las aguas sus piedras, sus columnas y hasta sus dioses.

En el Asia Menor se veia como una copia de las razas que explicaban toda la historia; al Occidente los indo-europeos, al Oriente los siro-árabes, en el intermedio los frigios. El Asia Menor habia sido como la madre de Grecia. En ella se levantó Apolo, en ella nació Cibele, en ella entonaron sus primeros cánticos los poetas griegos, en ella habló el primer oráculo que interpretó el pensamiento de la inocencia de Grecia. En el Asia Menor, que habia sido la madre de la raza jónica, destinada á dar su vida á la hermosísima Atenas, el espíritu

griego sobrevivió por largo espacio de tiempo á la caída misma de la Grecia. Roma respetó sus libertades históricas, la liga anfictionica de sus ciudades, el espíritu de su civilizacion, aun bajo su dominio.

Y entre el mar de Chipre y el Eufrates se extendia el maravilloso Imperio sirio, que habia sido por espacio de mucho tiempo el depósito de la conciencia religiosa de la humanidad. Este Imperio hermosísimo, destrozado por los parthos, que descendian de las montañas á herirlo y martirizarlo continuamente, estaba rodeado de continuas aflicciones. Roma lo libertó de estas irrupciones, lo ató á su carro triunfal y lo agregó á su inmenso Imperio. Y así la idea romana se extendia por todo el mundo. Y al mismo tiempo que dominaba estos pueblos, iba declarando tributarios suyos á los capadocios y á los tracios.

Y una profecía se cumplia y un gran castigo se consumaba con la extension que iba tomando el dominio romano por el Oriente. El pueblo hebreo habia guardado en sus rocas la idea divina, la idea de la unidad de Dios. Esta idea le habia sostenido en la adversidad, le habia consolado en la esclavitud. Con esta idea habia venido á ser el pueblo más feliz del Oriente. Por esta idea habia visto pasar como las olas de un mar sereno los pueblos, sus enemigos, delante de su presencia, sin apagar el vívido fuego de su santuario. Pero